

RELATO



*Comenzar de nuevo*

R.M. de Loera

# Comenzar de nuevo

R.M. de Loera

Comenzar de nuevo  
Published by R.M. de Loera at Amazon  
© 2017 R.M. de Loera  
Derecho de autor imagen: Unsplash  
ASIN:  
ISBN-13:

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Las referencias a los acontecimientos, gente o lugares son usadas de manera ficticia y/o son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Facebook: RMdeLoera

Twitter: @rmdeloera

Instagram: rmdeloera

A mis muy queridos lectores



Llegué a la oficina muy temprano esa mañana. Cerca de las once de la noche recibí un email comunicándome que el informe de ventas del año se perdió cuando fue llevado a impresión y esa mañana era la reunión para discutir los progresos. Estuve toda la noche organizando una presentación más detallada y concisa por si el departamento de impresión no lograba sacar a tiempo la carpeta, el puesto de mi jefe dependía de mi buen trabajo. La empresa entraría en una reestructuración a partir del dos de enero, si enviaban un jefe nuevo estaba segura de que me quedaría sin empleo.

Entré al concurrido salón de reuniones, frente a mí se encontraba él... el director de ventas. Sus ojos seguían cada uno de mis movimientos, aunque yo intentaba como desde hace tres años esquivar esa mirada aguamarina. Él era un peligro para mi estabilidad emocional. Fui minuciosa y a pesar de no tener los informes pude explicar los movimientos. Los altos ejecutivos felicitaron al equipo de trabajo y le extendieron, con sinceridad, la mano a mi jefe.

Salí de la reunión con mis manos en puños para ocultar el temblor. Aunque pensaba que todos podían escuchar el correr de mi corazón que apenas me permitía respirar. No me gustaban los errores, mi jefe fue el único que me ofreció empleo luego de ser despedida dos veces por esa necesidad que era más fuerte que yo y en ese momento tomaba el control de mi cuerpo.

—Javier, acompáñame a la oficina —le dije a mi asistente al pasar de prisa por su lado. Javier trabajaba para mí desde hacía tres años y recurrí a él en muchísimas ocasiones... Él conocía muy bien mi debilidad y a su manera intentaba ayudarme.

Entré a la oficina con desesperación, las cortinas estaban cerradas así que pude levantar la falda de tubo hasta mi cintura, no llevaba ropa interior para poder sentir la fricción en esa zona tan erógena e intentar mantenerme en control. De inmediato acaricié mi humedad sin contemplaciones, apenas pude llegar a mi silla y dejarme caer. Javier entró a la oficina y sin decir palabra se arrodilló frente a mí, su lengua reemplazó mis dedos, lo que me permitió abrir

mi blusa y acariciar mis senos. Una oleada de calma comenzó a llenarme y cerré mis ojos para disfrutar de la sensación.

Los abrí un instante al sentir un movimiento casi imperceptible en la oficina y frente a mí se encontraba esa mirada aguamarina. Él hizo un gesto de silencio para que no delatara su presencia, Javier estaba absorto en su tarea. No pude apartar mi mirada de la suya, su excitación era más que evidente. Por primera vez la reacción en mi cuerpo no era por la estimulación que sentía sino por esa mirada tan libidinosa que observaba en mí misma cuando me miraba al espejo. Reconocí su intención por la postura de su cuerpo y mi excitación aumentó drásticamente, lo que arrancó un gemido de mi garganta. Cedric sonrió con satisfacción mientras Javier arremetió al pensar que fueron sus artes las causantes de mi reacción.

—Cuando terminen quizás podría enviarme los archivos que le pedí — exclamó con un amago de sonrisa Cedric. Sonreí por el comando en su voz, era lo que esperaba, mientras él daba media vuelta y salía de mi oficina.

Javier se quedó paralizado entre mis piernas.

—Continua —le dije en un susurro. A pesar de pedírselo sabía que él no me haría llegar hasta el muy codiciado orgasmo.

Separé la silla y me puse en pie para arreglar mi ropa. Tomé mi bolso y saqué el polvo para retocar el maquillaje. Cuando estuve perfecta, salí de la oficina mientras Javier continuaba petrificado en mi escritorio. Me dirigí al archivo general y saqué las carpetas que necesitaba, luego fui al departamento de impresión a buscar uno de los informes que ya tenían listo. Con diligencia le entregué los documentos a la secretaria del director de ventas, una mujer de más de sesenta años muy amable. Regresé a mi oficina y tomé el teléfono.

—Tengo un día difícil —Fue el saludo que le di a mi terapeuta cuando contestó el teléfono.

—¿Qué tanto?

—Uno de mis altos jefes me encontró con mi secretario entre las piernas.

Quiso esconder la bocanada de aire que se le escapó por mi retroceso. Costó cerca de dos años para que yo recurriera solo a la autocomplacencia para subsistir mis días y no alguna otra conducta peligrosa. Comenzábamos a trabajar en eliminar esa última compulsión y llevar una vida medianamente normal, sin temblores, sin taquicardia, sin sudores fríos que me obligaran a salir de casa y tener sexo con el primero que me encontrara en la calle.

—Tengo un espacio disponible a las seis y media.

—Ahí estaré.

Mientras escuchaba la algarabía y música en el exterior por la fiesta de fin de año acomodé mis archivos, los asuntos pendientes, las cuentas que faltaban por cobrar, las que estaban saldas y las atrasadas.

El día pasó con lentitud, con frecuencia frotaba mis rodillas para crear fricción y en muchas ocasiones me sorprendí al recordar ese comando en la voz de Cedric, su sonrisa sagaz al descubrirse. Él quería provocar esa reacción en Javier, como si le reclamara algo... «¿Acaso mi jefe me excusaría si la reunión era un fracaso?», me pregunté, pero no importaba, era probable que para el dos de enero ya tuviera que buscar un nuevo empleo.

Cerraba la oficina, luego de disculparme con mis compañeros por no quedarme a la fiesta, cuando el teléfono sonó. Me acerqué al escritorio de Javier y marqué el uno para hacer la transferencia.

—Departamento de contabilidad, habla Varga, ¿en qué puedo servirle?

—Señorita Varga, el señor Berger quiere verla, la está esperando — me informó la secretaria del director de ventas.

—Muchas gracias, señora Solís. En unos minutos estaré ahí.

Colgué el teléfono con mis manos temblorosas, era el momento que esperé todo el día. Subí al quinto piso, caminé hasta la puerta del fondo y toqué. Él abrió la puerta y entré a la oficina bajo el escrutinio de su mirada. Escuché el clic de la puerta al cerrar y giré para observarlo. Su mano derecha dentro del bolsillo, ese porte y seguridad.

—Desnúdate — profirió en un tono calmado.

Me tomó desprevenida porque esperaba escuchar la palabra despido de sus perfectos labios. Ese golpe de adrenalina ya casi olvidado invadió mi cuerpo. Mi respiración se tornó descompasada, pero él se mantuvo estoico... Y yo quería... No... Lo necesitaba. Sabía que no podría llegar a la terapia intacta y él era un compañero de trabajo, dentro de la locura estaba a salvo porque la empresa mantenía controles médicos muy estrictos.

En segundos la camisa y falda cayeron al piso, tuve que contener con fuerza el deseo de acariciarme.

—Apóyate en mi escritorio — dijo en un tono controlado.

Me acerqué a su escritorio y me recosté, el frío del cristal contrastaba con el fuego en mi piel. Sentí cuando se acercó y los latidos de mi corazón se desbocaron... Lo necesitaba ya.

Escuché el sonido de su zipper bajar, lo que provocó que mordiera mis labios. Él colocó una mano con firmeza en mi cadera y la otra a mitad de mi

espalda, no podía moverme... Entró en mí, sentí el plástico que lo envolvía, era un chico inteligente. Los dos gemimos al mismo tiempo. A pesar de estar húmeda mi cuerpo lo resintió, yo jamás busqué a grandes amantes, solo el primero que apareciera.

Sus movimientos eran los de un experto... Alguien que sabía tocar el punto exacto que me catapultó al orgasmo en pocos minutos. Aun dentro de mí dijo —:

—Despide a Javier.

—Sí, señor —murmuré.

Sabía que mi cadera y espalda quedarían con marcas por la firmeza de su agarre mientras arremetía con brusquedad hasta inundar mi interior y arrancarme una nueva oleada de placer. Se separó de mí, no sin antes dejar un beso suave en mi hombro que me trastocó.

Mi corazón comenzó a latir de prisa, apenas podía llevar aire a mis pulmones. Me levanté del escritorio y lo encontré con su mirada perdida en la vista de la ciudad. Cerré mis puños con fuerza para intentar calmar la ansiedad, tomé mi ropa y con el espejo del polvo intenté arreglar lo mejor posible mi cabello rubio rojizo y retoqué la máscara en mis ojos grises.

—¿Estoy despedida? —alcancé a murmurar.

—¡Dios, no! —contestó con un ademán de molestia.

Asentí, aunque él no pudiera verme y salí de la oficina. Bajé en mi piso, varios compañeros me interceptaron y ofrecieron una copa de champagne. La acepté, aunque no pensaba beberla, en ese momento mi estado de ánimo y el alcohol sería una combinación letal.

Todos me saludaron, preguntaban que haría al siguiente día, si planeaba pasarlo con la familia. El 90% de los empleados éramos extranjeros y sin familia cerca, por eso celebrábamos nochebuena y la víspera de año nuevo en la oficina. Javier hizo acto de presencia y me abrazó. Tuve que darle la noticia, no hubo sorpresa en su reacción, pero en la tarde me aseguré de encontrarle un empleo en una de nuestras filiales. Él me levantó en brazos porque siempre había querido vivir en Italia.

Compartí con ellos alrededor de quince minutos cuando comencé a sentir ese sudor frío que alteraba cada terminación nerviosa... Algo no estaba bien, incluso en los peores días lograba mantenerme tranquila al menos cuatro a cinco horas.

Sin despedirme, para que no intentaran detenerme, caminé hasta el elevador. Pasaron alrededor de ocho minutos y el elevador no llegaba,

recorrer un edificio de varios pisos en fiestas provocaba largas esperas. Sentí como un brazo fuerte rodeaba mi cintura cuando las puertas comenzaban a abrirse, a su vez me hicieron girar y antes de poder decir algo unos labios suaves capturaron los míos.

La algarabía de la fiesta ocultaba los gemidos y gruñidos que escapaban de nuestras gargantas. El roce de su barba naciente en mi piel era lo que me mantenía cuerda. Cedric había tenido dos orgasmos más a lo largo de las horas, pero al parecer no podía dejar de tocar mi piel y en los pocos instantes en que lo hizo mi cuerpo respondía como si estuviera meses en abstinencia... No solo retrocedí años en la terapia, sino que mis reacciones eran cada vez más violentas.

Cedric salió de la oficina.

Con manos temblorosas comencé a vestirme. Intenté tomar el celular para ver la hora, pero se me cayó de las manos... Aun así, logré ver que faltaban solo diez minutos para las doce. De algún modo tenía que llegar a casa... Mis piernas no me respondieron.

La puerta de la oficina se abrió una vez más y Cedric me encontró escondida en una esquina. Con cautela se acercó a mí, ofreciéndome un vaso de agua y una pastilla. Lo observé con mi ceño fruncido.

—Es un calmante —susurró. Llevó la pastilla hasta mi boca para luego darme a tomar el agua. Aunque se mantuvo en cuclillas guardó distancia entre los dos —. En los años que llevamos trabajando juntos, nunca te vi con tanta ansiedad como en la reunión de la mañana, Alcine y creo que he empeorado tu estado de ánimo.

—N – no sé qué sucede, pero contigo no puedo detenerme.

—Eso es porque nos hemos contenido desde la primera reunión en que nos vimos —alcanzó a susurrar.

—N – no sé de qué me hablas.

—Alcine... —dijo en un tono calmado —No tengo tiempo para que lo analices. Aunque lo ocultaste, sé que te dolió encontrarme con mi asistente, pero ya han pasado años...

—Yo no... —contesté a la defensiva.

—*Biala*<sup>III</sup>, el tren sale en un par de horas y tengo que preparar mi equipaje. No soy millonario, pero te ofrezco un departamento y podremos llevar una vida cómoda, por favor acompáñame.

—N – no puedo —el temblor de mis manos iba en aumento y por más que cerraba mis puños no podía controlarlo. Mi corazón quería estallar con

cada latido y ese extraño sudor frío recorría cada poro de mi piel.

—Alcine, solo necesitamos salir del edificio... Solo unos cuantos pasos... Después de eso te prometo no dejar de tocarte hasta que lleguemos a Suiza. Allá conozco una de las mejores clínicas para adicciones, en pocas semanas estarás totalmente en control y comenzarás de nuevo.

Bajé mi cabeza y negué con vehemencia... «No podía moverme, ¿cómo pretendía que saliera del edificio? ¿Dejar todo atrás con un hombre al que encontré con otra mujer y me obligó a suprimir esos sentimientos tan desconocidos para mí en aquel momento?... No puedo... No puedo.», me dije a mí misma.

—Alcine...

Por primera vez escuché la duda en su voz. Levanté mi cabeza y me percaté que sus nudillos estaban blancos por la fuerza con la que se contenía... Cedric estaba al borde de un colapso. Fruncí mi ceño, pero entendí porqué guardaba distancia, a él se le hacía tan difícil como a mí...

—¿Cómo podremos controlarnos si los dos sufrimos de la misma adicción? —le cuestioné —Lo siento... Ni siquiera puedo confiar en mí misma para detenerme.

Él asintió mientras se incorporaba. Dio los pocos pasos que lo llevarían a la puerta y la abrió.

—*Trois, deux, un...* ¡*Bonne Année*<sup>[2]</sup>! —Fue lo último que escuché cuando la puerta se cerró.



Un año después

—¿Cedric se te hace un hombre atractivo? —preguntó mi jefe. Estábamos a puerta cerrada en su oficina, en una especie de reunión secreta que me tenía confundida.

—¿Sean? —exclamé con el ceño fruncido.

—Alcine... Vamos a tener una conversación que causaría mi despido si sale de estas cuatro paredes, pero confío en que no sea así y logres comprender que solo pienso en el bienestar de la compañía, y como eres parte de ella, en tu propio bienestar... ¿Cedric te atrae?

—Es un hombre apuesto —respondí con cautela.

Sean bufó. Cedric era algo más que apuesto, era el hombre con el que soñaban la mayoría de las empleadas, incluyéndome. De ascendencia suiza, en especial del cantón de los Grisones donde hablaban una lengua llamada romanche por tanto en su hablar se notaba un acento que casi nunca se escuchaba, lo que lo convertía en algo más que exótico. La destreza de sus manos y el roce de su rostro en mi piel eran los causantes de mis pesadillas... pero Sean no debía saber eso.

—¿Tanto como para hacerte fallar? —preguntó incisivo.

—Sean... —advertí una vez más.

—Alcine... En un par de días se cumple un año de haberte encontrado en tu oficina en un estado catatónico y cuando por fin logré que reaccionaras me pediste ayuda.

—Y me la brindaste. Es el mismo tiempo que he estado en abstinencia.

—Y te juro que eres la mejor empleada del mundo, más enfocada en tu trabajo... No quiero que eso que te ha costado tanto se desperdicie en minutos.

—No logro entender qué tiene que ver Cedric en esta conversación.

—La compañía llegó a un acuerdo con una empresa en Austria en la ciudad de Burgenland y Cedric es el responsable —asentí—. El trabajo es como para veinte personas, pero no las tenemos disponibles, aparte de Cedric solo hay una persona en la compañía que habla húngaro...

—Sean... —interrumpí.

—Alcine... —me detuvo él —Yo no tenía ni idea de cómo ayudarte hace un año, ni siquiera entendía una adicción como la tuya, pero Cedric sí. Él tiene una persona muy cercana con la misma condición — «Demasiado.», dije

con ironía en mi cabeza —. Él conocía la clínica en donde te internaste, fue el que autorizó la baja por tres meses con goce de sueldo y propuso que justificáramos tu ausencia con una operación de tabique desviado. Él está dispuesto a trabajar contigo, dice que cuando viajaste a Suiza hace unos meses dejaste a los jefes con un buen sabor de boca, pero este viaje no será solo por un mes sino por dos años, Alcine. Durante ese tiempo los dos estarán encerrados en una oficina muchas horas al día. Se tendrán que apoyar el uno en el otro para evitar el fracaso, ¿entiendes? —Me quedé callada unos instantes para absorber ese giro inesperado —Cedric confía plenamente en ti, ¿sabes por qué tiene tanta seguridad? ¿Fueron amantes Alcine?

—Ese mes en Suiza vivimos juntos —alcancé a susurrar. Sean soltó una bocanada de aire y sabía que pensaba que estaba todo perdido —. Cedric tuvo un accidente un par de semanas antes de yo llegar ... El doctor recomendó reposo absoluto, pero teníamos que cumplir con el contrato así que mientras él estaba en cama atendíamos al cliente.

—En ese viaje hubo muchas cenas, almuerzos, llamadas, reuniones... El cliente fue muy exigente.

—Cedric hacía todas las llamadas desde casa, yo asistía a las reuniones y él se comunicaba por Skype.

—¿Por qué vivieron juntos?

—Él tenía todo el conocimiento de la cuenta, casi teníamos que estar las veinticuatro horas disponibles... Ese cliente era insufrible.

Sean entrecerró sus ojos y dijo —:

—O sea que...

«Que la mayoría de las veces me quedé dormida en su cama por trabajar hasta altas horas de la noche, que en un par de ocasiones tuve que ayudarlo a secar su cuerpo luego de un baño y en otras más él me vio desnuda porque el departamento contaba de una sola habitación y el baño se encontraba dentro de la misma, además, de ser muy pequeño lo que impedía vestirme... Que tuvimos toda la intimidad que tiene una pareja sin llegar a ser novios, sin pretender ser novios y mucho menos tuvimos sexo... Eso es demasiada información para Sean.», pensé.

—O sea que en ese mes Cedric y yo no...

—Sí, sí ya entendí —dijo al interrumpirme —. Muchas tentaciones y no sucumbiste... Gracias Alcine por tu sinceridad.

—No te tomé tan desprevenido.

—Cedric es un amigo de años. Ya me había puesto al tanto de lo

sucedido, por supuesto sin ningún tipo de detalles. Solo quería saber si para ti fue igual... El boleto del tren es para el día primero de enero, te deseo lo mejor del mundo.

—Gracias, Sean.

—Vamos a decirle a Cedric ahora mismo. Él estaba seguro de que no aceptarías por ser su proyecto —respondió con una sonrisa. En ese momento el teléfono de la oficina sonó —. Es un cliente y está molesto, ¿podrías decirle a Cedric? —pidió al apartar un segundo el teléfono.

—Sí, claro.

Subí al quinto piso y llegué al escritorio de la señora Solís. Ella me dedicó una sonrisa radiante.

—Está en una reunión con los altos ejecutivos, pero ya no tarda, espéralo en su oficina.

—¿Segura? No quiero que se sienta incómodo.

Ella guiñó un ojo mientras abría la puerta. Entré y caminé hasta los ventanales para poder ver la ciudad.

—Esta sí que es una verdadera sorpresa —dijo Cedric unos minutos después. Estaba apoyado en el marco de la puerta, sus brazos cruzados al igual que sus piernas, de una manera relajada y una sonrisa de infarto en los labios.

—Bienvenido.

—Gracias. Aunque llegué hace dos semanas, hubo una reunión social y mi secretaria se aseguró de invitarte —enumeró mis faltas mientras con un paso relajado se acercaba a mí.

—Informes de fin de año... Ya sabes cómo es eso.

—¿Ya los terminaste? —preguntó mientras asentía para darme la razón y levantó una de sus cejas.

—Sí.

—Entonces no te puedes negar a una copa —y no fue pregunta.

—Creo que no —alcancé a susurrar con una sonrisa tímida en mis labios y un leve calor en mis mejillas.

Tomó mi mano y salimos. Le dijo a la señora Solís que podía ir a casa. Mientras hablábamos asuntos triviales de la oficina, caminamos hasta llegar al mercado de Navidad de Toulouse. Lo recorrimos despacio con una taza de *forralt bor*<sup>[3]</sup> y una orden de *aligot*<sup>[4]</sup> que compartimos.

—¿Vas a casa en estos días? —preguntó al pagar un pan de jengibre en forma de corazón, decorado elaboradamente y pidió que le escribieran «Feliz Navidad, hermosa» en romanche. Ese mes juntos aprendí a llevar una

conversación simple en su idioma.

—Salgo a primera hora.

—Yo también. ¿Te vas a través de Suiza?

—Sí.

—¿Quieres encontrarte de casualidad conmigo y compartir el viaje? —  
dudé —Por favor... —y sonrió como niño bueno, lo que me hizo reír.

—Sí.

Su teléfono sonó, miró la pantalla y frunció su ceño. Hizo un gesto con la mano para decirme que volvía pronto. Observé las diferentes cabañas de madera, la más cercana con adornos de Navidad hechos a mano, pero no por ello dejaban de ser muy finos. Al lado una cabaña con artículos en cuero. Me acerqué y vi un bulto para su tableta, las dimensiones eran perfectas, las costuras espectaculares, una verdadera obra de arte. Le pedí al vendedor que tallara sus iniciales y en lo que terminaba observé los adornos navideños. Encontré un corazón en fieltro bordado, el adorno navideño característico de mi país. Costaba solo un par de euros, pero quería que él tuviera algo que lo hiciera recordarme.

—¿Te interesa algo en particular? —dijo Cedric mientras dejaba un beso casi imperceptible en mi hombro que me estremeció.

—Sí, este bulto —le respondí mientras el vendedor me lo entregaba. Cedric frunció su ceño y su rostro se cubrió de sorpresa y un leve tono rosado al leer las iniciales.

—Recordaste que detesto el que tengo.

—Sí... —susurré y con dudas le entregué el corazón de fieltro —Sé que *Père Noël* llegó el seis de diciembre, pero ese día no te vi.

Él sonrió, un brillo especial se apoderó de su mirada. Le pidió al vendedor que le colocara un lazo para poder colgar el corazón en su cuello.

—Yo también tengo algo para ti —dijo mientras sus heladas manos rodeaban mi cuello para colocar con la mayor de las delicadezas una cadena con un maravilloso colgante en forma de corazón, el marco de plata, el interior con flores naturales diminutas, cubiertas con algún tipo de vidrio que las conservaría intactas por siempre... Era perfecto.

—Y tú recordaste lo mucho que me gustan los corazones —respondí con una sonrisa.

—¿Estás muy grande para esto? —Me mostró con dudas una muñeca muy pequeña, su falda roja, la camisa blanca, el chaleco negro... El vestido tradicional de Suiza.

«No.», respondí con mis labios al fallar mi voz. Su sonrisa se hizo mayor y esos labios perfectos acariciaron los míos con una delicada determinación... No sentí nada... conocido.

Era una experiencia nueva. Una especie de hormiguelo corría por mis venas, lo que hizo estremecer hasta la punta de mis pies. Los latidos de mi corazón estaban acompasados a los suyos, podía sentir en mis manos, ese latir sereno en su pecho, mientras las suyas me sostenían con ternura en el hueco de mi espalda. Su lengua transmitió un calor apacible en cada rincón de mi boca. Terminamos el beso con una calma exquisita... Lo deseaba, quería estar en su cama, pero no tenía que ser en ese preciso instante. Por primera vez esa anticipación causaba un revuelo delicioso en toda mi piel y podía asegurar que en él también.

Tomó mi mano para continuar pausados nuestro recorrido. El beso permitió que fuéramos más fluidos y no estuviéramos tan contenidos por temor. Descubrí lo cariñoso que era... Como si con su cuerpo me protegiera, dejaba caricias ligeras en mis manos o espalda, lo sorprendía observándome cuando me detenía a ver las cabañas... Me sentía querida. Su teléfono sonó una vez más. Cuando terminó la llamada se acercó a mí, tomó mi mano y sentí algo de metal... Una llave.

—Quédate conmigo esta noche —llevó sus manos a mi rostro para acunarlo entre sus dedos—. Extraño abrazarte, sentir tu calor... Es lo único que quiero.

—Tengo que ir a casa por mi equipaje.

—¿Nos encontramos en una hora? Tengo que regresar a la oficina, pero prometo no tardar.

—Una hora —confirmé.

Recogí mis pertenencias y dejé el departamento de la compañía presentable para su próximo inquilino. Llegué al departamento de Cedric en poco tiempo ya que vivíamos en la misma calle. Abrí la puerta y dejé las maletas en la sala, al parecer la compañía no tenía ingenio en la construcción ya que su departamento estaba distribuido igual que el mío. Imaginé que Cedric ya había llegado y caminé hasta el despacho.

Abrí la puerta y ahí estaba una chica dándole placer. Al parecer él tomó un baño porque su ropa era distinta. Cerré mis puños para eliminar el temblor de mis manos, pero nada podía detener el correr en mi corazón... Mordí mis labios para evitar el gemido que quería escapar de mi garganta... Moría por ser yo la que lo hiciera gemir así. Necesitaba escapar, pero Cedric

levantó su mirada y una sonrisa socarrona se dibujó en sus perfectos labios.

—Ven... únete —Rocé mis rodillas para crear un poco de fricción —. Me gustaría probar ese botón caliente y húmedo —Su voz... Sus ojos... Todo era igual, pero diferente... vacío.

—N – no... —alcancé a musitar.

—Tú te lo pierdes —cerró sus ojos para volver a concentrarse en la chica que ni se inmutó ante mi presencia.

Salí despacio mientras un dolor agudo se adueñaba de la boca de mi estómago.



Llegué a la estación de trenes horas después. Los pensamientos iban y venían, mi única certeza era que no lo dejaría solo. En ese momento necesitaba salir de la burbuja que construí alrededor de mi vida en el último año y enfrentarme a mí misma. Me quedé estática con mis piernas un poco separadas para evitar el consuelo al que estaba acostumbrada.

A pesar del calor en la estación y el abrigo, un frío húmedo emanaba de los poros de mi piel... Miré al piso y pasé las manos por mi cabello, respiré profundo.

Sentí que una fuerza me traspasaba y se quedaba estática frente a mí... Levanté la mirada... Cedric apenas podía respirar, como si hubiera corrido desde la oficina hasta la estación.

—Tenemos que hablar —dijimos al unísono.

—Tienes que escuch... —quiso decir, pero no se lo permití.

—Quien me va a escuchar eres tú. No sé cómo lo haremos... Creo que sientes algo por mí y entiendo si eso te asusta...

—¿De qué estás hablan...? —intentó él. Coloqué mi mano en su boca porque estaba segura de que si él decía algo perdería el valor.

—Buscaremos una clínica en Austria, harás el programa una vez más —según hablaba él fruncía su ceño como si no entendiera lo que le decía. «¿Su adicción es tan fuerte que ni siquiera recuerda lo que hace? ¿Yo podría estar con alguien así teniendo la misma adicción? ¿Y si recaigo?... Pero no lo puedo dejar solo, él me ayudó a mí. Tengo que encontrar fuerza... Por los dos, aunque solo terminemos como amigos.», pensé —. Yo adelantaré el trabajo en esas semanas y cuando estés recuperado te reincorporarás. Nos apoyaremos esos meses, después de todo ya demostramos que podemos ser amigos —y sonreí para que creyera en mis palabras, aunque yo misma dudaba.

Cedric entrecerró sus ojos y desconcertado dijo —:

—¿De verdad crees que podré aguantar la dolorosa erección que provocas en mí, cada vez que te veo, por dos años, teniéndote cerca las veinticuatro horas del día? ¿Quieres que pase algún tipo de prueba?

—Cedric... —intenté en vano.

—*Biala*... Sé que debemos esperar, tener algunas citas como lo hacen las parejas normales, pero pensé en meses, no dos años —«Él en realidad no recuerda.», pensé con temor. Cerré mis puños para contener el temblor y su

mirada se llenó de preocupación. Dio el paso que faltaba para tomarme entre sus brazos... Esos ojos me llenaban de seguridad... «¿Tanto así quería confiar en él?», me reocriminé a mí misma —. *Biala*... Sé que es un gran paso en nuestras vidas intentar ser solo los dos, pero yo no pretendo fallarte y por primera vez no me siento agobiado o lo veo como un imposible. ¿Tú no sientes lo mismo? Cuando te besé pensé que sentiste lo mismo —Las lágrimas comenzaron a bajar por mis mejillas y un quejido recio abandonó mi garganta. Él me sujetó con fuerza... Sus ojos eran tan diferentes a los que vi hacía unas horas... Llenos de distintas emociones y sentimientos —*Mia carezel*<sup>[5]</sup>, ¿qué sucede?

—Quiero intentarlo.... Pero promete que, si lo necesitamos, buscaremos ayuda —supliqué.

—Jamás permitiría que fuera de otra manera... Si por el beso piensas que necesito la terapia te prometo que será lo primero que haremos al llegar.

¿Cómo podía dudar de mis propios ojos ante sus palabras? Pero su mirada, las reacciones de su cuerpo... Sabía que no era mentiroso, en ese mes que vivimos juntos fue brutalmente honesto... «¿Qué sucedía?», me pregunté.

Ambos nos observábamos como criaturas extrañas, no entendiéramos qué le sucedía al otro... Como dos dimensiones paralelas que por algún motivo colisionaron.

—Mmm... Es un verdadero placer verte botón caliente. ¿Quieres terminar lo que empezamos? —Era la voz de Cedric, pero él y yo nos observábamos sin decir palabra... Era la misma voz vacía de hace horas.

Cedric se separó de mí con lentitud, sus manos aferradas a las mías y giró.

—Ni siquiera te atrevas a mirarla —le advirtió en un tono duro, desconocido para mí.

Yo solo podía mirar a uno y luego al otro... idénticos.

—Te aseguro que eso no es lo que ese botón caliente quería —respondió su hermano con una sonrisa perversa y un gesto despectivo hacia mí.

—Y yo te aseguro que no era por ti —le contesté con la espalda recta.

—Andando —dijo el enfermero que lo escoltaba.

—*Biala*... —No... no eran idénticos, solo Cedric tenía esa tibieza en su voz y observándolo bien, sus ojos eran más grandes y expresivos.

—Aquí son distintos... —le dije al tocar su corazón —Y te diferencia esto —Toqué una cicatriz imperceptible en su labio inferior.

—Me lanzó un juguete cuando teníamos cuatro... —alcanzó a murmurar mientras la punta de mis dedos recorría la cicatriz —Cásate conmigo.

Levanté mi mirada de sus labios para concentrarme en sus ojos que reflejaban mi serenidad.

—¿Qué hay de las citas como una pareja normal? —pregunté divertida.

—¿Crees que alguien más me demostrará un amor tan profundo como el tuyo?... Quiero que estés en mi vida por siempre.

—¿Por qué? —No podía entender porqué él deseaba estar conmigo, qué había hecho para que se enamorara de mí... Yo sí conocía el instante en que comencé a amarlo.

—¿Por qué! —exclamó con sus ojos muy abiertos por incredulidad — Permaneciste a mi lado aun cuando pensabas que te había fallado. Enfrentaste tus temores por mí...

—¿Qué me querías decir? —desvié el tema. Aún no entendía porqué me amaba.

—Levanté la mirada luego de comprarle el boleto a mi hermano... Te vi... Pensé que huías de mí, sin permitirme demostrarte que lo nuestro podía ser —Sus manos se aferraron a mi cabello —. Cuando llegué al departamento lo encontré con una chica, me vi reflejado en esa mirada vacía y entendí lo estúpido que fui al dejarte ir. Hace un año debí luchar contra ti, pero me equivoqué en mi proceder y tú no podías confiar que íbamos a estar bien. Cuando fuiste a Suiza debí decirte cuánto te amo... Y que la única vez que he fallado en el proceso de terapia, desde aquel estúpido día en que me encontraste, fue contigo hace un año cuando me ganaron los celos.

Abrí mis ojos y coloqué mis manos en su rostro para que sus ojos de aguamarina no escaparan de mí.

—¿Qué?!

—El día que te fallé reconocí tú reacción... Querías ser tú la que estuviera debajo de mi cuerpo, pero hubo algo más... desilusión. Por algún motivo yo te decepcioné. Esa reacción fue como un golpe para mí. En ese momento descubrí lo mucho que me gustaba que tú me observaras con admiración. ¿Qué estaba haciendo con mi vida? Si cuando terminaba me sentía aún más vacío. Entonces decidí internarme... Fui fuerte porque quería que volvieras a verme con esa pureza. Cuando regresé descubrí que tú también lo intentabas... Mientras más huías más me enamoraba de ti. Me volvía loco ese tono de voz de acero endeble —terminó por decir con una sonrisa perfecta en

sus labios.

Contuve el aliento ante su confesión y yo...

—Era mi primer día de trabajo —aclaré mi garganta para poder continuar—. Salía del edificio para buscar al primero que estuviera dispuesto a revolcarse conmigo unos minutos y regresar. Tropezamos, tú me rodeaste entre tus brazos para evitar que cayera y limpiaste mi rostro del cabello que se salió de lugar. Nos miramos a los ojos, sonreíste y dijiste: «Aunque caigas tú sabrás levantarte.» Te aseguraste de que pudiera mantenerme en pie y te fuiste... Ese día encontré a mi terapeuta... y comencé a amarte.

—¿Yo hice eso? —alcanzó a murmurar —¿Te tuve entre mis brazos y te dejé ir?

—Sí —contesté al morder mis labios para contener la risa ante su reacción.

—*Sauhund!*<sup>[6]</sup> —exclamó.

—*Dix... Neuf... Huit!*<sup>[7]</sup>... —las personas en la estación comenzaron la cuenta regresiva.

Cedric llevó sus manos a mi espalda baja y me atrajo hacia él. Sus labios poseyeron los míos para exigir mi entrega.

—Soy tuya... Desde hace un año solo tuya... para siempre —susurré.

—¿Eso es un sí?

—Sí.

Besó mis labios una vez más. Ambos sonreímos ante las campanadas que anunciaban la llegada del año nuevo... Un nuevo año... Un comienzo nuevo con la certeza de ser felices.

—*Boldog újéve* —le deseé un feliz año en húngaro.

—*Bun di bun onn, biala!*<sup>[8]</sup>

Éramos felices. Estaba segura de que él sentía lo mismo... el deleite en la espera.

—¿Puedes confiar que, aunque no te deje salir de mi cama en semanas, vamos a estar bien?

—¿Solo semanas? —cuestioné.

En un movimiento que me tomó desprevenida Cedric me levantó en brazos. Un grito escapó de mi garganta lo que lo hizo sonreír con sagacidad.

—¿Te dije que compré boletos en la clase premier y salimos ahora?

—Mmm... Toda la noche entre tus brazos.

—Y la mañana... y la tarde... —aseguró entre besos.

Espero que la historia de Cedric y Alcine te haya enamorado tanto como a mí. Esta historia formó parte de la Antología de Romántica99 como agradecimiento al apoyo y cariño de todos nuestros lectores. Y la comparto contigo gratis.

¡Muchas gracias por leerla! Si te gustó deja un comentario y valoración en tu tienda preferida ya que tu apoyo es muy importante para mí. Te envío un beso enorme y deseo que el romance siempre viva en tu corazón.

Con mucho cariño,



# Acerca de la autora



**R.M. de Loera** nació en San Juan, Puerto Rico. Por ocho años vivió con su esposo e hijos en la Ciudad de México ya que fue estudiante de maestría en psicología social de la UNAM.

Decidió comenzar a escribir en junio del 2015 tras una noche de insomnio cuando Edmund y Evelyn decidieron contar su historia y nació su primer libro **Cuando las zarzas florezcan...**

Le apasiona involucrarse en las historias de sus personajes, tener una lucha constante con los protagonistas cuando quiere llevar la historia por un lado y ellos insisten que vapor otro. En ese ir y venir conoció a Gareth y Amie de **Mi acuerdo con el arquitecto** y **La petición de mi arquitecta**. Su siguiente novela es **Eres mi modelo** donde un pastor, candidato a la gobernación, decide declararle su amor a una exitosa modelo. De ahí, un viejo conocido decide contar su historia y nace **Chocolate**. Al cumplirse diez años de un tema personal en 2017 decide contar la historia de **Ángel**. En su siguiente trabajo conocimos al gigoló más famoso de Nueva Zelanda en **La chica de Gent**. Entre esas historias aparecieron algunos relatos como: **Comenzar de Nuevo**, **Ángel: la primera Navidad**, **El fiador**, **Volver a empezar**, donde hace una colaboración con las escritoras puertorriqueñas Carmen Aponte y Estela Torres.

En agosto de 2018 publicó la historia que más difícil se le ha hecho escribir por los grandes retos que conlleva... **Avikar**. En diciembre del mismo año decidió intentar algo cómico y presentó el relato **Un estafador robó mis chocolates... ¡En Navidad!** En el 2019 llegará la historia de Erik y Mirela, un amor entre un piloto y su controladora aérea en **El duque del cielo**.

- 
- [1] Hermosa en romanche, uno de los idiomas oficiales en Suiza.
- [2] Tres, dos, uno... ¡Feliz año nuevo! (francés)
- [3] Vino caliente en húngaro. Para su elaboración se emplea vino tinto, canela, clavo de olor, cáscara de limón y anís estrellado.
- [4] Puré de papa, queso y ajo.
- [5] Mi amor en romanche.
- [6] Frase soez en alemán suizo.
- [7] Diez... nueve... ocho... (francés)
- [8] Feliz año nuevo, hermosa. (romanche)